

El Instituto de Anormales ... La Educación Física en este Centro



Nicolich hablando con el Delegado de Instrucción Pública Sr. Leyva



Cuando en la información de la semana anterior, hablábamos de la Educación Física en el Centro de Sordos mudos y ciegos, decíamos: «Pero en fin, esto será ocasión de que en nuestro próximo número nos volvamos a ocupar con mayor amplitud». Y hétenos aquí, lector, sin saber cómo quedar a cubiertos de esta promesa, desde el momento que sujetos a la garra férrea de las preocupaciones quedamos en la clara mañana de noviembre—nuestro clima es así,—en que visitamos la altruista institución municipal.

En el jardín hacían gimnasia sueca ¡los sordomudos. Formaban un corro alrededor del Profesor: Era aquel un círculo que dejaba encerrado el alma.

Rígidamente, con la mirada penetrante, fija en don Adolfo de la Torre, los pobres parias de la Naturaleza, seguían con ferviente anhelo las voces de mando que éste daba despaciosamente,

pero con imperativo categórico con supremo énfasis, cargando al hablar la fuerza de pronunciación en los gestos del rostro.

«¡Fir-mes!», decía duramente el Educador, y «¡fir-mes!» repetían los desgraciados anormales, mientras sus cuerpecitos se hacían más rígidos, más erectos. «¡Ma-nos-a-la-cin-tu-rall!», decía don Adolfo con silabeo preciso, fecundos movimientos y visajes, incontinentemente los alumnos repetían apagadamente la oración, haciendo el movimiento rápida y felizmente. ¡Qué dolor daba presenciar aquellas clases en el jardín, donde si hasta el sol veía al quebrarse en la tierra, la tristeza de aquellas almas infelices era más que suficiente para sumirlo todo en el desconcielo!

Desprovistos del oído y de la palabra, faltos de acústica y de lenguaje puramente oral, los sordomudos, tienen desarrollado excesivamente la atención, Por eso ponen tanta voluntad al servicio

de las clases de gimnasia y por eso, dicha enseñanza la atienden y saboreanla con más gusto que los demás individuos que pueden ser sujetos de educación e instrucción.

Empero, algo más, habíamos de «ver» esta mañana. Don Julio Leyva el celoso Teniente Alcalde delegado de Instrucción Pública, hombre encariñado con esta Institución y amante de la Educación Física, charló unos minutos con don Miguel Mérida, el director de este Centro, cabeza que piensa, corazón que dirige y voluntad que encauza, fortalece y anima a los que a su alrededor viven. Y en la conversación el señor Mérida dejó entrever que su ausencia de Málaga será pronto: que su entrada forzosa en cierto Instituto madrileño dejará al aire esta dirección a la que desde allí prestará todo su apoyo y la seguirá adorando con la mente, el corazón y las influencias...

Ellos hablaban mientras el Duende pensaba qué sería de estos inválidos cuando huyera de su vera el que todo lo consagró a ellos.

Cruzamos corredores y galerías. Frente a distintos pianos establecidos en aquellos y estas, unos ciegucecitos se entretenían en arrancar notas a sus cajas sonoras. Aquellos sonidos tenían un no sé de melancolía, un algo particular de tristeza, que al herir nuestro nervio auditivo más nos invitaba a la meditación que al dulce recreo. Además aquellos pianos, con sus enormes bocas abiertas, parecían recrearse con el dolor de los hijos de las tinieblas.

Pero por encima de todo; lo que nos hacía pensar eran las palabras de don Adolfo, «¡Fir-mes!»; y el eco difuso de los pobres escolares: «¡F-i-r-m-e-s!»

EL DUENDE DE LOS OJOS VERDES

La educación física en los niños no debe dirigirse a obtener un aumento de volumen de los músculos; mas bien debe tener como norma el desarrollo del sentido de los movimientos y estos, el obtener un aumento de la capacidad respiratoria y de la adaptación del corazón, que en definitiva dan el valor vital de un individuo, aparte de que, como tal sentido, constituye una de las antenas del cerebro, imprescindible para la plena formación mental.

Dr. M. Mérida Nicolich

La educación física de los niños no debe dirigirse a obtener un aumento de volumen de los músculos, mas bien debe tener como norma el desarrollo del sentido de los movimientos y estos, el obtener un aumento de la capacidad respiratoria y de la adaptación del corazón, que en definitiva dan el valor vital de un individuo, aparte de que, como tal sentido, constituye una de las antenas del cerebro, imprescindible para la plena formación mental.

(Autógrafo del Doctor Mérida Nicolich).

